MARINA GURRUCHAGA

EL MANTO DE ORO

PUBLICACIONES
DEL
CONSEJO SOCIAL
DE LA
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

SANTANDER
1990



Consejo Social de la Universidad de Cantabria.
Avda. de Los Castros, s/n.
39005 Santander.

I.S.B.N.: 84-87412-17-3

Depósito legal: SA. 357—1990

Impreso en Artes Gráficas Gonzalo Bedia.
Africa, 5 — 39001 Santander.

Esta obra quedó finalista en el «Premio Consejo Social de Poesía 1989», otorgado por un Jurado compuesto por don José María Ureña Francés, Rector de la Universidad de Cantabria, don Manuel Arce, escritor y Presidente del Consejo Social, don Primitivo García Terán, Vocal del Consejo Social, don Tomás Labrador, Catedrático de Lengua y Literatura en la E. U. de Formación del Profesorado de E. G. B., don Luis Martín Rebollo, Decano de la Facultad de Derecho y Vocal del Consejo Social, don Leopoldo Rodríguez Alcalde, escritor, y don Angel Sopeña, poeta. Actuando como secretaria del mismo doña María Jesús Alvarez Caso, Secretaria del Consejo Social.

PROMESA DE ATIS

Yo espero dedicar mi vida
al arte del amor,
a su cumplimiento y su dominio.

Dios ha creado el cobre y las naranjas
enteros para nuestro alimento,
el cobre maduro que pugna
por salir de la tierra y grita,
exige nacer al espíritu del hombre.

Las naranjas pendiendo
como jarras de perfume que la brisa navega,
alimento para los hijos de las madres sin pechos,
adorno en los collares de las prostitutas.

LA MAÑANA INESPERADA

La mañana gris y ajena, aunque no tan profundamente.
Tendal engalanado
de flores de lluvia, como una novia
pálida, delgada y sin entusiasmo.

Suspiro y me voy del balcón, para ducharme.

Llueve.
Y la lluvia es el corazón de los árboles,
de las flores, el golpeteo del mar,
mi propio corazón.
Mi propio corazón que se hace, se rehace
con cada gota de lluvia.
La lluvia lava mis pecados,
los desliza en cadencia suave
siempre más abajo de mis carnes...

La ciudad llega a ser tierna
bajo la lluvia,
la lluvia que es un don
sin el cual la vida no podría vivir.

Espero ansiosa todo mi día
la purificación de la lluvia,
porque fecunda los colores abandonados
por el Sol en la playa, como Ariadnas
solas que se queman, llorosas sus mejillas.
Y llega el Baco-Lluvia tan suave,
tan melosamente insistente, tan ruidosamente sordo.

Ella y él
dentro de un armario.
Y resultaba
tan absolutamente ardiente,
como una llama de gas verdiazul
apagada e invisible
pero asfixiante, precipitándola a ella
en un pozo sembrado
de tramos helados
mientras martilleaba el yunque de su mente
una conciencia inflexible,
totalmente odiosa.

Llega a mi boca
la cálida nube, cubriente
apabullante
desde atrás, muy atrás
en el tiempo —siempre—,
en otro orden de todas cosas...

Como un arco.

Mujer:
Ha muerto tu Dios en la tierra,
la boca por la que la divinidad hablaba,
sin exigir para ello
sacrificios de palomas o de gansos.

Hablan y murmuran
los dos hombres del río,
los que viven arriba de la poza
sentados, ambos, sobre lustrosas piedras
a veces secas, a veces húmedas.

Una de las voces es aguda
como de joven apuesto,
inteligente muchacho;
la otra grave,
del sonido con que se ciñe
el canto al fondo arrojado.

Hablan y me sorprenden.
¿De qué murmuran
eternamente, día y noche,
verano e invierno,
a Sol desnudo y arropado?

Si entendiera sus voces, si
lograra desenredar su charla de las aguas cadentes,
sería el hombre más sabio de la tierra,
honrado y consultado por las mujeres,
enriquecido y saludado por los hombres.

Te escribo, joven hermosa.
Tu mirada es terrena,
tus manos voladoras
y tu boca parece una paloma temblorosa
que hincha su blando pecho,
su pecho aturdido
bajo la más extraordinaria de las aficiones.

Para mí es un honor tu dispendio.
Y no me canso de afirmar que me amas,
tal vez parangonando
los desmayos de la sutil Safo.

Yo te rindo el culto
de los pinceles —y ha hablado
la cruel Psyche,
que todo lo disculpa,
que es tan cruel, tan femenina—.

En tu cuerpo se resume toda tu historia
y es, oh, tan diferente a mí...
Tu calor es tan secreto, exhalándose casi por milagro.
Eres «otro», y me pregunto si quisiera remediarlo.

Tantos libros quedan por leer
que para ti no hacen falta.
Tu espacio juro que no lo colma el oro de la tierra
y es tiempo de ventilar toda esta historia con un beso
tuyo.

¿Qué sucedería
qué te sucedería
si una mañana despertaras y ya sólo
pudieses hablar y conocer fantasmas?

¿Qué sucedería
qué te sucedería
si los seres reales dejaran de saber
que existes y respiras?

Era el prado verde cubierto
por cobrizos y antiguos tesoros
de hojas y ramas.

Las piedras no hablaban
como desde hacía tanto, y el Sol
les servía de una suerte de calidad
polvorienta en su luz, clara y dorada.

Alrededor los viejos sentados en el muro,
alineados, como en templos remotos.
Recordaban con sus rostros silentes
y claros, de barbados y tímidos mentones,
a otras tantas rocas,
eternamente contemplando
en el centro del verde a un perro jovial,
negro y algo triste.

Se precipitaban las ramas arbóreas,
tendían al cielo un poco aguado
por la niebla de la tarde.
Y el silencio del tiempo en mitad
de todo.
El silencio amable y persistente.

EL JOVEN TACITURNO

El joven taciturno
tenía la piel del limo sombreado,
de la oliva
y sus ojos se engastaban
como conchas sobre un betún ya frío.

Se sentaba
angulosamente contenido
su cuerpo, dividido en miembros largos
y un centro, de tronco serenamente firme.

Frente a los libros, mantenía su mirada
erecta, fugada, a punto de la muerte,
suspendida.

Esta es la noche de reparación.
Dormiré hasta que llegue el alba
y a su luz insegura, incluso
cuando se haya ido,
seguiré durmiendo.

Las cinco es el momento aúreo
de la tarde invernal,
cuando puede
verse una nota inmensa de polvo
cayendo
desde el cielo infinitamente vertical
y bizantino.

La calma es invertebrada
en el vibrar de mis cabellos,
rodeando su halo de tibieza animal
sonora y quieta.

No es el sueño un refugio,
ni las súbitas decisiones arropan
una causa si noble, victoriosa.

Mientras el eucalipto ingenuo
vaya restando exangüe
por su generosidad campestre y elegante
se hace el tiempo de abandonarla
(a la tarde en cinco, aureolada).

SYLVIA

Me haré fuerte contra tu espíritu
que exhala de la letra,
defenderé mi campo
de tus dos intentos de suicidio,
uno logrado.

Sin embargo quisiera
ya beber tu vida cuanto antes
para arrojar al fuego las hojas secas.

HABLA EL VERSO INFINITO

¿Por qué me limitas,
antes de recogerme de los aires?

Ya doblas el folio,
blanco de leche perdida a razón
de un duro la inocencia de la musa.
¿No ves como vas plegando
tu sueño despierto,

más pequeño y
todavía más pequeño?

Si no te conociera,
no me atrevería a contarte
cómo desearías convertirte
en membrana de los cielos,
recogiendo los astros que se filtran
(abres la hoja, me quieres más crecido)
para repartirlos traducidos
en tiernas flores con que alimentar a todos
los niños balbucientes.

El deseo, que fue antes en mí
que ninguna otra cosa,
será santificado, cuando en la comisura de mis labios
se curve, gloriosamente tensado,
como tallo de una flor de púrpura.

Es el mismo que se levanta en llama eterna
sobre la inmensa curvatura del orbe de mi vientre,
sobre este mismo vientre sombreado en sonrisa antigua.
Que se acerque el pagano y que contemple
a la Mujer, creada para el amor de una vez para siempre.

Pudiera ser
que nuestro amor no terminara nunca,
que no se agotase la corriente
donde circulan los peces dorados que caen en el abismo
que se extiende entre tus ojos y los míos.



Andando, andando
—yo nunca te había visto antes—
andando, te acercas
llegas, andando

y estás aquí.

Tus ojos son dos lunas
rodeadas de negrura.
Circundadas pupilas,
iris en sombra.

Eres demasiado obscuro.
Y ya no puedo cantarte más.

¡QUEBREMOSLE UN OJO AL DIABLO!

Todos los versos han nacido,
todos los versos han muerto.

Con cada hombre se extingue
un universo.
Con cada pluma que parte, gloria de átomos
yertos,
se impregna el aire desnudo
de emocionante incienso.

«INTELIJENCIA»

A la «intelijencia» junramoniana,
de brazos novecentistas.

Yo admiro tu palabra, «intelijencia»
que no es sino la que mira hacia lo hermoso,
catadora de esencias, de puros pensamientos,
de ordenación y estructura,
de edificios donde la luz ora y navega.

Hemos roto la amarra, y el ancla ya deshizo
como alas de Icaro violento
su vestido de cera.

Y se interna en el mar
que tan calmo permanece
como la idea, que es timón contra los vientos.

EL REGRESO

Practica mi corazón un arte antiguo;
El de dolerse por la ausencia
deplorar el espacio que separa los cuerpos
las almas que en un mismo tiempo
se han amado.

Vosotros no conocéis
las cosas verdaderas.

EL BANQUETE

Fues un magnífico banquete el que ayer nos ofreciste.
La belleza de las copas, y su brillo
—el oro siempre luce espléndido—
coronaban a cada sorbo los labios sedientos,
y el vino que habías elegido sería digno de servirse
en la mansión de un rey.

En verdad el ingenio de tus invitados al honor
de la mesa
ensalzó ante todos nosotros tu prudencia y buen gusto;
Esperamos
que en breve plazo vuelvas a distinguirnos
con la alegría de participar en otra fiesta.

A UNA NUCA

¡Oh, mar de tu nuca
donde confluyen como ríos
las ondas de tu cabellos recogidos!

La sabiduría de la tierra
que dice:
«Espera. Ni un grano
se desperdicia,
ni una hoja
pasa
que yo no quiera».

Tomas mi cabeza entre tus manos
y la vas besando
la besas
como sorbiendo un agua de una copa
tan suave, dulce, cuidadosamente
entre tus dedos largos
de pan y esencia,
desdoblando mi rostro
en mil rincones para tus besos santos
y sin fondo.

Y girando va
como un planeta perdido
recorriendo las estrellas y los signos sagrados
mi cabeza
dormida
dejándose beber y besar tanto.

Niños morenos
que ya no tienen, siquiera figurado,
cordón umbilical
alrededor de sus cuellitos nervudos,
cuellitos tiernos
como tallos de su testa-flor
de ojos abiertos,
los pequeños niños-salvajes tiernos.

Entrar en el mar como en la vida
desnudo, totalmente vulnerable
y virgen.
¿Qué deseas de mí, cuando te busco?

Te haces de agua, Eva.
Y tus ojos son dos ánforas que derraman
una agua clarísima
un agua sutil no sé si de lágrimas,
un agua temblorosa
o quizás es tu perfil entero el que se quiebra.

Siéntate en tu silla
y asiste a mi tormento.

Las lenguas de fuego
iluminan mis ropas de forma sublime

y el crepitar de mis carnes
podría no dolerme en su belleza.

Me penetra
el frescor súbito de la sombra,
circula por mis canales navegables
en una barca dorada,
hasta llegar
al veneciano palacio
de mi espíritu.

Descienden las lágrimas.
Sólo ellas son: verdes, densísimas.
Han muerto el Sol y las estrellas, el amor
ha perecido.

No tengo madre, ni padre, ni hermanos.
Mi vestido es como yo, hecho de lágrimas.

Hay caminos de arena blanca
sobre la tierra, y están
llenos de hierba.
Qué enormes son mis lágrimas.
Son grandes lagos quietos llenos de
peces ciegos. El silencio acampa

y es irreal

pero lo más real aún existe menos.

EL ACECHADOR DE LA LLUVIA

Este es el primer comentario del acechador de la lluvia,
cuando va presintiéndose las preparaciones celestes,
hoy ya sin secreto para nadie
a pesar de seguir siendo —casi— inaccesibles.

Primero cesará la brisa
y en un momento se colocará sobre la punta de la hoja
(esto es mentira, porque acabo de ver
al viento cálido arreciar).

Un suave resplandor amarillento
precede al huracán que pone los aires del revés
y tuerce las ramas
las encorva.

Otra vez la calma inminente a la caída
de los gigantes-gotas
ya están aquí
disputándole el espacio al polvo persistente.
Todo el horizonte en vertical.

Las nubes, girones desesperados y plomizos
descontentos, no sé si lúcidos
cuando regresa el viento y la gente se apresura.

El gran estallido debe llegar
mientras que todo al Este
el aire conservador muestra su sonrisa hipócrita,
complaciente
transparentando arreboles y azules de cielo de opereta.

Ya cae la lluvia
muy poco a poco, desmitiendo sus embajadas,
con gotas modestas
y de nuevo el arrastrar de las hojas prematuramente
envejecidas
por un viento prometedor de la tormenta.

Pienso que a pesar de todo,
pronto estará, ella, aquí.
Se espantan las mariposas y buscan refugio en los
balcones,
yo he espantado a una con mi pluma deseando hacerle
un favor;
oh, la lluvia pesada no me abandones.
Ha pasado Simona bajo el mirador
mordiendo un billete de cuero
y mientras el trueno se retrasaba.

Estoy ya definitivamente convertida en una hipócrita.
(¡Victoria! Cabalga lejano el estruendo, pronto acampará.)
Si esto era la lluvia, valiente engaño.
En la ciudad debe haber perdido su virilidad
incluso por el trasunto de las edades.

¡Vaya! El primer efecto escénico de esta tormenta
no ha sido miserable
pero las grandes gotas, que no existen,
deberían ser algo violentas y constantes
para impresionarme.
No sé qué hacen los pájaros tan alto

bajo la inmensa lluvia.
Tal vez así les pesa menos
y no deben llorar y compensarla.
Un detalle lejano de la luz de Julio
pero sin lluvia.
Me retiro del observatorio, esto aburre.
El aire, sin embargo
como compensación huele a sus cabellos.

Tres noches —quizá cuatro—
faltan hasta que la luna
se llene por completo y robe
un pedazo del azul helado.

Cuando de pronto me inunda el olor a ti
llegado de lugares ajenos
me ahogo en él, me anego.

Entierro el amor
a lo que de mí hayas guardado
—si acaso lo conservas—
y a lo que tengo de ti.

Se morirán las aves en sus cabañas de humo
y yo no habré dejado de quererte
ni de pensar en ti ni un solo día.

La sorda espera,
la sorda espera de que pase
el día ennegrecido con el hollín tan fiero,
que nos desilusiona.

Todavía destila poca luz
la líquida candela,
y un soplo —nada más mi aliento—
se hace suficiente, y vacila, ondea
—la llama sagrada, en el altar sagrado—.

Leo sin pausa
os esgrimo, os desgrano
y no sé —uvas tan verdes—
quienes sois, poetas.

Cuando todo se hace tiempo
la prisa me devora, adelante.
Ondean velos azules en una mansión sacra.

Es la villa del emperador
sobre y al borde mismo de la lejana Capri.

¿Nadie más que el que comprende
siente despedazado su corazón?
Es el café de esta tarde, junto al mar,
que causa estragos en mi Atenas, asolada por la peste.

Yo desearía amaros a todos
absolutamente
con la pasión única
con la que se adora a la esencia
pura, irrepetible.

Sobre tu carne desciende
suavemente la noche.

Qué joven pareces
y cuando ríes
tus dientes blancos y tus ojos lunares
me tientan y me golpean.

Estás cansado y me amas.

El vagabundo en el bosque
reposa bajo un árbol que lo siembra de hojas,
de platas hojas verdes, amarillas
como el pensamiento.

Sus ramas son obscuras y delgadas.

Después, la miel de sus primeros días
va cubriendo la tierra silenciosamente
y confunde la carne muerta con la alentadora
sobre las margaritas suave, maternal
la miel acallando al mundo.

¿La miel enviada desde estrellas fugaces?
¿La miel surgida de los manantiales
cuando ya no dieron más agua pura?

¿La miel exultante a un solo latido
de los corazones de los hombres bondadosos?

POEMA CRUEL

La palabra del que sufre
es poco delicada.
Para escribir poesía de dolor
hay que mascarlo serenamente
como a un dulce exquisito,
lento imposible, indolente,
irrecuperable que al final
termina sonriendo.

Me lo ha dicho el rey
y al último rey le he besado en la boca.

Te arrebolas y me sirves como a un hombre.
Enjugo pensamientos
cuando sonriendo me dices —y yo sé que es
por nada—
lo despacio que cabalga mi salario.

Si no te escribo nada, dulce mío
es porque no me haces llorar y te sientas
a mi mesa.
Así es el amor, dentro de casa.

Ocre claros, para el Sol mortecino.

Sol anclado
en lo profundo del cielo
mareando ristras de coral innoble.
Oscuras olas
recorriendo veloces tu rostro.

Dios
está ciñéndolo todo
con sus manos que
avanzan en las nubes.

Veo cómo emerges
tu cuerpo en baños sabáticos.
Es la imagen del tiempo que corre
cargado de sentidos,
como en esas imágenes de
mil segundos acelerados.

Tus ojos, mientras tanto
marcan el Norte.
Está cambiando el tiempo.

Hay sobre tu frente, en la puerta
de esta iglesia santa
dos pájaros que se besan, aunque son de piedra
y rosas.

Nunca la luz, de clara trayectoria,
ensartó corazón tan tierno
con su lanza de oro,
ni exultaron los ángeles,
los regordetes querubines en sus trajes de plata
y maderas preciosas,
de esta manera, tan contenta y confiada.

A UNAS FLORES QUE ME HAS REGALADO HOY

Ahora mismo sois una naturaleza semi-viva, o
semi-muerta
tan quietas con las hojas verdes y doce
capuchones blancos.

¿Pensáis alguna vez,
interrumpiéndoos de vuestra eufemística borrachera,
de vuestro ansioso beber un agua obscura,
el deber que tenéis de recordarme «sona lá breithe»?

No lo creo. Las flores,
aunque bellas son tontas,
como las vacas.

No te quiero dejar fuera de mí,
aunque ya todo
vaya hablándose, vaya siendo desgranado.

Me parece que realmente es esta
una fecha sagrada,
y siento la ansiedad de las rupturas auténticamente
existentes
en mi boca,
la división del campo con una vara
dorada de avellano.

Lo mismo que esperamos completar un libro hermoso
con la dulzura del año que comienza,
así presiento un fin y un inicio
a todo lo que gira.

Mariposa de la seda.
¡Cuánto te dolió
cada empujón lejos de la blandura del capullo,

noble,

valiente,

sufriente crisálida!

Suavemente descienden los violetas
y pueblan la tierra de silencio.
Rebosan las nubes verde y oro,
el mar despide a sus azules
más profundos y minerales,
y persiste el ruido.

Un instante de nuevo y antes
de precipitarse en el nocturno vaso
fulgura todo en nube, agua y tierra que gritan,
que se consumen, frías
porque el metal no arde.

Señalan los patos el túmulo sagrado
por donde mañana vendrá el día.

Y el cielo es un inmenso ser
que jadea y canta.

Inconsolable llora la niña
llora y sacia al mar de su bien salado
porque tenía un pajarito
a quien alimentaba con su corazón, sin saberlo
y descubre un día que era águila y malvado

devorando su corazón con la prisa del silencio
devorándose a sí mismo en su locura
el malvado y atroz, tierno pájaro
de sus ojos
que no conocía, hasta sentirse taladrada por el ansia.

Yo creí que porque te amo
debía ser extranjera de mi casa,
de mi obscuridad perfecta.

Saliendo de mi alma
de esta habitación cerrada, de aire
viciado por las rosas y los días.

Porque debía ser como vosotros,
amaros al unísono
a vosotros que podéis hacerlo
sin romper figuras, mármoles ni puertas.

Se terminó de imprimir
en Santander,
el día 20 de septiembre de 1990
en el
Taller de Artes Gráficas
de
Gonzalo Bedia.